

MARTES DE LA X SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del clemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

Estos versículos nos desafían a considerar nuestra identidad y nuestro impacto en el mundo como discípulos de Cristo.

1. Vosotros sois la sal de la tierra. En la antigüedad la sal era invaluable, no solo por su capacidad para dar sabor a los alimentos, sino también por su función de preservarlos. De igual manera, nosotros, como cristianos, estamos llamados a ser una influencia positiva y preservadora en el mundo. Nuestro testimonio y nuestra conducta marcan la diferencia en una sociedad que a menudo se desvía de lo que debería ser.

Jesús advierte que si la sal pierde su sabor, no sirve para nada más que para ser echada fuera y pisoteada. Esto nos recuerda la importancia de mantener nuestra identidad y propósito en Cristo. No debemos conformarnos con el mundo, sino mantener nuestra pureza y nuestra misión.

2. Vosotros sois la luz del mundo. La luz tiene el poder de disipar la oscuridad y revelar la verdad. Como cristianos, somos llamados a reflejar la luz de Cristo en nuestras vidas, mostrando su amor y verdad a los demás. No podemos esconder nuestra fe; debemos vivir de tal manera que nuestra luz brille y atraiga a otros hacia Dios.

Jesús compara nuestra visibilidad con una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder. Nuestra fe debe ser evidente para todos. Que ilumine a todos en la casa.

3. Dejar que nuestra luz alumbré. Jesús concluye diciendo: "Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Nuestras acciones dan sobre todo gloria a Dios. Es importante recordar que nuestras buenas obras no son para nuestra propia gloria, sino para glorificar a nuestro Padre celestial.

Ser "sal de la tierra" y "luz del mundo" es una llamada a vivir de manera intencional y visible para Cristo. Marcan una diferencia positiva en el mundo, reflejando la luz de Cristo.

Como María, que nuestras vidas sean un testimonio viviente de la bondad de Dios, llevando a otros a glorificar su nombre y a creer en Él.